



Vie 17 Nov 2017
Evangelio del día
Trigésimo segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: Santa Isabel de Hungría (17 de Noviembre)

“El que pierda su vida, la salvara”

Primera lectura

Lectura del libro de la Sabiduría 13,1-9

Son necios por naturaleza todos los hombres que han ignorado a Dios
y no han sido capaces de conocer al que es
a partir de los bienes visibles,
ni de reconocer al artífice fijándose en sus obras,
sino que tuvieron por dioses al fuego, al viento, al aire ligero,
a la bóveda estrellada, al agua impetuosa
y a los luceros del cielo, regidores del mundo.
Sí, cautivados por su hermosura, los creyeron dioses,
sepan cuánto los aventaja su Señor,
pues los creó el mismo autor de la belleza.
Y si los asombró su poder y energía,
calculen cuánto más poderoso es quien los hizo,
pues por la grandeza y hermosura de las criaturas
se descubre por analogía a su creador.
Con todo, estos merecen un reproche menor,
pues a lo mejor andan extraviados,
buscando a Dios y queriéndolo encontrar.
Dan vueltas a sus obras, las investigan
y quedan seducidos por su apariencia, porque es hermoso lo que ven.
Pero ni siquiera estos son excusables,
porque, si fueron capaces de saber tanto
que pudieron escudriñar el universo,
¿cómo no encontraron antes a su Señor?

Salmo de hoy

Sal 18,2-3.4-5 R/. El cielo proclama la gloria de Dios

El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos:
el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra. R/.

Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 17,26-37

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre: comían, bebían, se casaban los hombres y las mujeres tomaban esposo, hasta el día en que Noé entró en el arca; entonces llegó el diluvio y acabó con todos.

Asimismo, como sucedió en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, sembraban, construían; pero el día que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y acabó con todos.

Así sucederá el día que se revele el Hijo del hombre.

Aquel día, el que esté en la azotea y tenga sus cosas en casa no baje a recogerlas; igualmente, el que esté en el campo, no vuelva atrás.

Acordaos de la mujer de Lot.

El que pretenda guardar su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará.

Os digo que aquella noche estarán dos juntos: a uno se lo llevarán y al otro lo dejarán; estarán dos moliendo juntas: a una se la llevarán y a la otra la dejarán».

Ellos le preguntaron:

«¿Dónde, Señor?».

Él les dijo:

«Donde está el cadáver, allí se reunirán los buitres».

Reflexión del Evangelio de hoy

Su Creador, se deja ver

“Cuentan que Dios quería esconderse en algún lugar para ver si los hombres eran capaces de encontrarle. Y el Creador iba proponiendo diversos lugares del universo: “Me esconderé en lo alto del Himalaya”; pero los ángeles le respondían: “No, Señor, porque algún día los hombres escalarán las montañas más altas y te encontrarán”. Y Dios proponía: “Pues entonces en lo profundo del océano”; y otro ángel replicaba: “Señor, los hombres descubrirán también la forma de poder sondear lo profundo de los mares y te encontrarán”. “Me iré al espacio, entre las galaxias”, y nuevamente replicaban los ángeles: “Señor, algún día construirán naves para viajar por todo el universo y descubrirán tu escondite”.

Y así iban recorriendo toda la creación, hasta que Dios se dio por vencido. Entonces un pequeño ángel que estaba en un rincón por timidez, se atrevió a decir: “Señor de cielo y tierra, ¿puedo proponer algo?”. Toda la asamblea angelical se volvió para ver de dónde venía aquella voz diminuta, y Dios contestó: “Por supuesto”. Entonces el ángel, alentado por la confianza que Dios ponía en él, dijo: “Escóndete en lo profundo de su corazón, allí no se les ocurrirá buscarte”.

Todos conocemos esta parábola que nos remite a la primera lectura de hoy, la Sabiduría nos replica a todos: “Si fueron capaces de escudriñar el universo, ¿cómo no hallaron primero al que es su Señor?”.

Esto es lo que nos ocurre a los inteligentes que nos volvemos insensatos porque no tenemos ojos para ver a Dios; nos dejamos seducir de las vanidades de la vida presente y nos olvidamos del que lo ha creado todo por amor y espera sólo nuestro amor.

No vuelvas atrás

La exhortación a la vigilancia es propia de los textos que en el Evangelio reflexionan sobre los últimos tiempos. Son los textos apocalípticos que a nosotros nos parecen un poco macabros y faltos de sentido. Sin embargo nada más lejos de la realidad.

Esta vigilancia no nos debe sacar de nuestra vida ordinaria, al contrario, es un aviso para la vida ordinaria: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y edificaban. No se trata de que tengamos que hacer cosas diferentes, se trata de que pongamos el alma en lo que hacemos. Abramos los ojos para ver a Dios en lo cotidiano, en nuestra vida de cada día. Es lo que ha hecho el Hijo de Dios en la Encarnación, ha asumido nuestra realidad para elevarla, para llevarnos a Él.

Se habla también de aquel discípulo que recorrió miles de kilómetros buscando un maestro que le dijera dónde encontrar a Dios. Cuando lo halló, el maestro le dijo: Desanda el camino y allí encontrarás a Dios.

Dice M. Buber en una de sus obras: “Ahora no tengo más que la vida cotidiana de la que nunca me distraigo... El misterio mora aquí, donde todo sucede tal como sucede. Ya no conozco otra plenitud que la de cada hora mortal”.

A eso nos invita hoy la liturgia de la Palabra, descubrir a Dios en sus obras, y descubrirle aquí y ahora, en el momento presente. Hay que huir de esa religión que es evasión y éxtasis, dice también M. Buber, y permanecer a la espera de Dios. Creo que eso pretende transmitir esa frase tan dura que pronuncia Jesús al final del Evangelio de hoy: “donde está el cadáver, se reunirán los buitres”.

Es lo que hizo Santa Isabel de Hungría, no vivió su religiosidad al margen de su vida cotidiana, sino que la transformó llenándola de Dios.



MM. Dominicicas

Monasterio de Santa Ana (Murcia)

Santa Isabel de Hungría

*Duquesa, de la Tercera Orden Franciscana
Bratislava (Eslovaquia), 1207 - Marburgo (Alemania), 17-noviembre-1231*

Hija del rey Andrés II de Hungría y de Gertrudis de Merano, nació el 1207, en Bratislava. A los 14 años se desposó con Luis IV, Landgrave de Turingia, con quien tuvo tres hijos. Vivió de forma eminente los ideales evangélicos que promovían las recientemente fundadas órdenes mendicantes. Acogió a los primeros franciscanos en su llegada a Turingia (1225), y si no hay documentos de su pertenencia a la Orden Tercera, sí los hay de sus relaciones con los hijos de San Francisco y de su vida según los ideales evangélico-franciscanos. Su vida austera, de caridad y de renuncia, contrastó con el fasto de la corte. Se dedicó asiduamente a la oración y a las obras de caridad, sin que su marido se opusiera a ello. Muerto su esposo en la sexta Cruzada (1227), víctima de la epidemia, antes de llegar a Tierra Santa, parece que las dificultades con sus cuñados la obligaron a dejar la corte de Wartburg, dirigiéndose a Marburgo, donde, sin hacer caso a los ruegos de su familia para que regresara a Hungría, a la corte de sus padres, abrazó voluntariamente la pobreza, y fundó un hospital, dedicado a San Francisco, en el que servía personalmente a los enfermos más desgraciados. Murió en Marburgo el 17 de noviembre de 1231 a los 24 años de edad.

Su tumba se convirtió pronto en meta de peregrinaciones y lugar de milagrosas curaciones. Conrado de Marburgo, principal predicador de las cruzadas en Alemania, en su lucha contra los valdenses propuso el ejemplo de Isabel como modelo de la nueva espiritualidad, resultando de este modo ser el principal promotor de su causa de canonización (1235); escribió, además, como director espiritual suyo la primera biografía de la futura santa, en la que nos ha dejado estos datos y rasgos de su personalidad: «Pronto comenzó a destacar por sus virtudes, consolando y remediando a los hambrientos. Mandó construir un hospital y acogió en él gran cantidad de enfermos e inválidos...; llegó a agotar todas las renegas provenientes de los cuatro principados de su marido, ..., se vio obligada a vender a favor de los pobres todas las joyas y vestidos lujosos... Por la mañana y por la tarde visitaba a todos sus enfermos y curaba a los más repugnantes... Su esposo no veía mal estas cosas. Muerto su esposo, quiso mendigar de puerta en puerta... Un Viernes Santo hizo renuncia de todas sus cosas... Fue a Marburgo, hizo edificar un hospital, en el que dio acogida a enfermos e inválidos, sentando a su mesa a los más míseros y despreciados... A esta gran actividad unió el don de la contemplación, de modo que, cuando volvía de la intimidad de la oración, su rostro resplandecía de un modo admirable y de sus ojos salían como unos rayos de sol... Recibidos los santos sacramentos, expiró como quien se duerme plácidamente.

Su culto fue promovido por numerosos monarcas y dinastías principescas de Europa. Se la considera como esposa devota, dotada de carismas espirituales que empleó a favor de pobres, enfermos y necesitados; como viuda ejemplar, que se desprende de todos sus haberes para darlos a los pobres. Muchos escritores de renombre se han ocupado de la vida de Santa Isabel.

Luis Pérez Simón, O.F.M.